

NUESTRO SEÑOR, EL ADJETIVO

Por *Federico Cárdenas Ruano.*

La actitud denigrante y despectiva que hacia el ADJETIVO han asumido y ostentan ciertos columnistas de sección, teorizantes de la literatura, artesanos de las letras —como justamente les ha llamado don Miguel de Unamuno— nos inclina a volver por los fueros de su rancia nobleza, haciendo un recuento de los servicios que ha prestado a la ciencia y a la cultura, desde los albores del pensamiento humano.

No es remota esta villana “pose”, frente a los hombres o ante las cosas, de los mediocres bastardos que, después de haber usado y abusado de los menesteres y beneficios de los buenos, como suyos propios, terminan denigrándolos y motejándolos por no haber sido capaces de comprenderlos ni dominarlos. El uso inadecuado y trivial de un valor o instrumento de categoría, es peor que la munificencia y el derroche, si éste, de alguna manera, se justifica. El oro gastado a manos llenas, cuando el caso lo requiere y asegura beneficio, aunque sea de terceros, no es propiamente despilfarro, sino inversión justificada. Tales los vocablos que acreditan conceptos, y más aun cuando, como el adjetivo, son insustituibles y tienen carácter supremo en todos los idiomas.

Nuestras imágenes intelectuales o ideas, representan sujetos y objetos de nuestro universo, representan las propiedades de éstos, o bien las acciones de los mismos. Es así como en el lenguaje oral corresponden al primer grupo los substantivos; al segundo, los adjetivos; y al tercero, los verbos. Adjetivos, verbos y substantivos, que son los elementos fundamentales de todo idioma, ya que en ellos pueden sintetizarse las demás partes de la morfología del lenguaje articulado.

Autores hay que reducen estas partes de la oración a dos: nombre y verbo; y todavía se puede ir más lejos fundiendo en este último todo un pensamiento. Pero es necesario observar que, aun en los verbos llamados *substantivos*, existe implícito un atributo, como carácter esencial de todo pen-

samiento concreto, que no puede restarse a la substancia y, mientras tanto, al adjetivo que en el fondo representa la existencia. De manera que estos tres elementos constituyen el núcleo necesario y universal del lenguaje articulado del hombre. No es preciso analizar por otra parte, para comprender que, tanto el artículo como el adverbio y el participio, son adjetivos especiales y que aun en las preposiciones se nota un tinte de adjetivación, cuando indican materia, propiedad, origen o pertenencia. Y es así como en este inquisitivo camino de la bondad del adjetivo, se llega también a la conclusión de que la gramática es, además de ciencia del idioma y especialmente para los preceptores, la lógica, o mejor dicho, la filosofía del lenguaje, a pesar del pedantismo —aunque cosa muy distinta sea desde luego, la metodología especial que requiere su enseñanza—.

Para conocer, ya que la mente humana es tan inconsistente, es preciso definir y dividir bien, de acuerdo con las prescripciones de la lógica más elemental. Esto significa sintetizar, encuadrar, limitar, analizar con precisión y claridad, ya sea empírica o idealmente. ¿Y qué haría la ciencia sin adjetivos, para obtener buenas clasificaciones y definir bien, si la lógica misma tiene que clasificar sus propias definiciones en *nominales* y *reales*, subdividiéndolas en *etimológicas*, *genéticas*, *descriptivas*, *esenciales*, *físicas*, *metafísicas*, etc.; si la ontología, considerada hoy como la ciencia fundamental del ser, necesita definiciones como ésta: “persona es substancia *individual* de naturaleza *racional*”. Se nos objetará que se puede hacer una circunlocución en vez de cada adjetivo; pero con ello se sacrificaría la claridad y la concisión indispensables en lo didácticamente definido.

Si, continuando, echamos un vistazo sobre la *lógica clásica* encontramos que en el Arbol de Porfirio, por ejemplo, en la tercera rama fundamental, el género está indicado por el adjetivo *viviente*. Y las diferencias específicas, antitéticas, pareadas, dos a dos, de todos los demás constitutivos, así: *espiritual*, *material*; *orgánico*, *inorgánico*; *insensible*, *sensible*; *racional*, *irracional*: todos los cuales son adjetivos de clara comprensión.

Si nos referimos a la fundación de esta misma ciencia, la lógica, por Aristóteles, el genial estagirita que puso los cimientos de nuestra cultura, encontramos que en sus *categorías*, las primeras formuladas en nuestro mundo, la *qualidad* aparece en tercer lugar, después de la substancia y de la cantidad, obteniendo como ejemplo los vocablos: sabio, culto. Necesario es recordar aquí que las categorías no solamente son o aspiraron a ser un paralelismo con las partes de la oración, sino también, y en especial, inherentes al objeto que, en el sistema aristotélico del *realismo natural*, aparecen como accidentes y propiedades de la substancia, que la individualizan y la concretan. No solamente, pues, tienen carácter lógico, sino también ontológico.

Más tarde en el sistema de las categorías de Kant, que algunos filósofos consideran superiores por estar fundadas en los juicios, aparece en segundo

lugar la *cualidad* fundamentando las categorías de *realidad*, *negación*, *limitación*, que informan los juicios afirmativos, negativos e indefinidos, incluyendo el último, como vemos, nada menos que la infinitud. Asimismo, debemos recordar que las categorías de este filósofo, solamente tienen carácter lógico: es decir, son conceptos supremos de la arquitectura formal del pensamiento, base de la gnoseología.

Después, en los ensayos más importantes que se han hecho sobre la constitución de un sistema de categorías, como son el de Eduard von Hartmann y el de Wilhelm Windelband, no ha dejado de aparecer como principal el adjetivo —porque no es menos— en los conceptos categoriales del pensamiento. El primer filósofo de los enunciados, von Hartmann, aunque funda las categorías en la esfera psicológica haciendo de ellas una función intelectual inconsciente, ya que sólo se pueden determinar a posteriori, por la reflexión sobre las formas de relación con el mundo exterior que han intervenido en su formación, no puede menos de clasificarlas primeramente, en categorías de la sensación y de la intuición. Y según Johan Hessen, que en su Teoría del Conocimiento analiza detenidamente el ensayo de von Hartmann: “En la esfera de la sensación la cualidad es la primera que se presenta como el resultado de una síntesis inconsciente de intensidades, de sensaciones, y por ende, como una auténtica categoría”. Como ya expresamos al comienzo, los enunciados categoriales de von Hartmann se fundan en la esfera psicológica; y aunque haya filósofos a quienes les parezcan mal fundados, con esta teoría suya se cierra el círculo en derredor del adjetivo caracterizándolo como forma absoluta del pensamiento humano, consagrada por la filosofía fundamental que, como teoría del conocimiento, se apoya en los principios de la ontología, de la lógica y de la psicología.

Por último, recordando a Wilhelm Windelband, que es el postrer filósofo de quien hicimos mérito como principal ensayista de las categorías filosóficas, aunque no concuerda con el método de von Hartmann, ya que Windelband funda su especulación en la lógica, se identifican en el fondo, pues clasifica los conceptos fundamentales del pensamiento en reflexivos y constitutivos o sea en “categorías del pensamiento reflexivo y del pensamiento especulativo”, como dice von Hartmann; y, desde luego, incluye al adjetivo como concepto fundamental. A esto agregan respetables autores de teoría del conocimiento, que esta clasificación es definitiva.

Si nuestra mirada se dirige hacia la estructuración de la filosofía misma, encontramos que en la Alta Antigüedad, esto es, en sus prístinos albores, son tres las características que fundamentan el Kosmos: la idea de lo estático, la idea del universo finito y la idea de las *cualidades* elementales; y es por cierto esta última, que corresponde al adjetivo, la que informa el espíritu de los griegos, sus fundadores. Esta tercera idea básica de la filosofía antigua, “la así llamada *TEORIA DE LA CUALIDAD*” —como subraya

el Dr. Meyer Abich—, es también la ciencia natural de los helenos. Existen para ellos tres grupos de cualidades elementales: los cuatro elementos, agua, aire, fuego y tierra, o sea lo *caliente*, lo *frío*, lo *húmedo* y lo *seco*. Cada objeto está compuesto de estos elementos y su estado externo, delimitado por el ambiente que determina la forma en que aparece. El agua, digamos, en su estado natural es líquida; pero toma el estado sólido cuando la temperatura baja; se convierte en aire con el calor, como aparece en la nube; y toma los caracteres del fuego como vapor de agua muy caliente. Todo, pues, se transforma, según las circunstancias de la temperatura. Asimismo, los cuatro líquidos o humores corporales son: sangre, bilis negra, amarilla y linfa. La sangre viva o neumática se puede descomponer en ellos. Esta teoría de los humores elementales es también la que sirve a la fisiología para explicar los fenómenos clínicos y los de la vida orgánica normal. Y la de los cuatro temperamentos: melancólico, colérico, flemático y sanguíneo, que son causados por la clase de bilis o la linfa o el neuma que contiene la sangre, es, igualmente, la teoría temperamental o de los elementos psíquicos, que sustenta toda la psicología antigua. Así pues, la teoría primigenia de los tres grupos de elementos *cualitativos* físicos, orgánicos y psíquicos, contiene en sí misma todos los fundamentos de las ciencias naturales y físicas de los griegos, siendo *cualitativa* por excelencia.

Escrito lo anterior a manera de alabanza y *reafirmación* del adjetivo como categoría filosófica fundamental de la expresión humana, pasaremos a considerarlo en sus atributos literarios, como factor activo indispensable para el logro de las buenas gradaciones, coloridos y matices que toma la palabra, y para la energía y solemnidad que no pocas veces debe imponerse a la frase, dado el carácter de la composición y el tinte del pasaje que se tiene entre manos.

Claro está que no vamos a entrar en pormenores de clasificación, empleo correcto, ni formas especiales de su función gramatical y morfología especial; empero se impone considerar en visión panorámica sus enormes alcances en la oración que, desde los primitivos y derivados a los parasintéticos, y de los numerales hasta los despectivos, comprende por lo menos una docena de especies, siendo de novedad para los que ya estamos alejados de las primeras letras, la clasificación de los parasintéticos, que son derivados y compuestos, a la vez, como *endulzado*.

Nuestra labor ha consistido, al respecto, en buscar ejemplos concretos de la forma, modos, maneras y ocasión aprovechados por los escritores de nota, para usar con donosura, adecuación, munificencia y desenfado el adjetivo, evitando al mismo tiempo su caída en menosprecio.

No ha sido empresa romana, sin embargo, encontrar hasta con abundan-

cia, cláusulas, párrafos, trozos, versos completos, que satisfacen nuestro intento, ya que nos ufanamos de haber constatado que en los pasajes descriptivos más interesantes de todo buen autor y, en general, en los más patéticos y sublimes, donde se hace derroche de colorido, de pasión y voluntad y, desde luego, de inspiración, existe siempre hasta con despilfarro, digamos, el empleo del adjetivo o el de su revestimiento más enfático y delicado: el epíteto.

Es elocuente, por otra parte, que comprobando nuestra afirmación del valioso recurso que representa para dar gala, importancia y elevación a los pasajes más interesantes de una obra poética, recreativa, de imaginación y todavía de ensayo en general, donde hemos encontrado nuestro propósito es en los libros de trozos selectos, escogidos cuidadosamente entre los clásicos de la lengua, para la lectura explicada de adultos: entre los ejercicios cortos seleccionados por autores de métodos ortográficos, al considerarlos como impecablemente castizos en nuestro idioma; y entre los ejemplos valorados por preceptistas indiscutibles, en concepto de modelos de composición particular, extraídos de las obras inmortales de los géneros apuntados, tanto de autores españoles como hispanoamericanos. Tradladaremos aquí algunos trozos de los más cortos y mejor conformados para concretar nuestro aserto.

Modelo de descripción: “Ved —encarece don Víctor Mercante— cómo Azorín describe “La Cabeza”: —Don Silverio tiene la cara pajiza, cetrina, olivácea, cárdena; la frente sobresale; al llegar a la boca, se marca un suave hundimiento y la barbilla plana, aguda, vuelve a sobresalir y en ella se muestra una mosca gris, recia, que hace un perfecto juego con el bigote ceniciento que cae descuidado, lacio, largo, por las comisuras de los labios. Y tiene, don Silverio, unos ojos de una expresión única, ojos que refulgen y lo dicen todo. Y tiene unas manos largas, huesudas, sarmentosas, que suben y bajan rápidamente en el aire, elocuentes, prontas, cuando las palabras surgen de la boca del viejo hidalgo, atropelladas, vivarachas, impetuosas, pintorescas. Yo siento una gran simpatía por don Silverio que lleva treinta y tres años adoc-trinando niños en El Toboso”.

Sin decir nada sobre el preceptista a quien han llamado sabio los mejores educadores europeos, consideremos esta magistral descripción como ejemplo, acabado también, del servicio insustituible del adjetivo, para singularizar la cara del “viejo hidalgo” —usando el primero como verdadero sustantivo, dulcificado por otro nobiliario— con cuatro predicados adjetivales, dispuestos en natural y expresiva ascensión. Después vemos hacer de sus manos dibujadas con adjetivos, el auxiliar más significativo, concomitante de la expresión. Y, por último, emplear cuatro adjetivos más, dinámicos dos y dos solamente cualitativos, para constituir de las palabras del maestro de escuela, algo único en una función idealizada. Interin, antes, y después, como

empujando, apoyando, especificando y vigorizando, adjetivos y más adjetivos.

Luego, en el texto “Maestros del Idioma” —selección de Germán Berdiales, para lectura de adultos— en una de las “Figuras de la Pasión del Señor”, de Gabriel Miró, hemos encontrado esta cláusula que contiene un cuadro patético de los últimos momentos de Jesucristo: “Todo el Calvario estaba lleno de su angustia. Sobre los rumores de la multitud y el aullar de Genas y Gestas, resaltaba el afán del Señor. Y sonó su grito de desgarraduras de toda su vida; y sintióse su silencio, el silencio del pecho inmóvil, desencajado, alto, duro, metálico; la cabeza quedó colgando hacia la roca; y la cruz tembló del peso del cadáver, que se había salido del escabel, y semejaba desclavarse. La madre aún esperó otra palpitación del costado del hijo”.

Omitiendo comentar el mérito de los demás adjetivos que prestan vitalidad al cuadro anterior, consideremos solamente la gradación magnífica, que después del sustantivo pecho, hace cuádruple esfuerzo para alcanzar un atributo que nos dé la idea perfecta y patética de la distensión crepitante del tórax, al exhalar el postrer suspiro el Crucificado. Sin estos cinco adjetivos sería mejor suprimir el cuadro para intentar la descripción desde otro ángulo, sobre otra de las partes del cuerpo en que se pueda sintetizar mejor la agonía del mártir excelso; pero jamás sin adjetivos, ni aun limitándolos, porque limitarlos, sería restar alas al pensamiento, restringirle inspiración a la fantasía creadora. Y la del Calvario, tragedia al fin, exige, siempre que se la reconstruya debidamente, la *catarsis*, el purgante, la purificación espiritual que propusieran los griegos: el *mea culpa* doloroso de los católicos cristianos.

Luego, de lo mucho encontrado en las obras maestras de nuestra literatura hispanoamericana, solamente tomamos, en atención al lector, y siguiendo nuestra norma de brevedad y calidad para no cansar, este párrafo de “Ariel”, de José Enrique Rodó, en que los adjetivos están empleados y distribuidos adecuadamente, con el gusto exquisito de aquel notable maestro del idioma: “Si nos fuera dado penetrar en el misterioso laboratorio de las almas y se reconstruyera la historia íntima del pasado para encontrar la fórmula de sus definitivos caracteres morales, sería un interesante objetivo de estudio determinar la parte que corresponde, entre los factores de la refinada perversidad de Nerón, al germen del histrionismo monstruoso, depositado en el alma de aquel cómico sangriento por la retórica afectada de Séneca”.

Además de los adjetivos armoniosos y bien fijados que prestan vigor a esta cláusula sublime y de las oraciones incidentales explicativas, que son recursos de la extensión del adjetivo, encontramos aquí dos antítesis formidables, construidas a sus expensas, como son: “cómico *sangriento*” e “histrionismo *monstruoso*”, verdaderos epítetos, no por anteposición, sino por la fuerza que imprimen a los términos que acompañan.

Y, por último, tenemos aquí, de la novela “Pobre Negro”, del insigne

Rómulo Gallegos, este párrafo descriptivo que, asimismo, es un cuadro de costumbres maravilloso, henchido de adjetivos de tinte regional: “Las negras viejas, voluminosas, con los gordos brazos al aire y un paño blanco sobre los hombros, las muy frioleras, y en la cabeza el pintado pañuelo de Madrás; los negros viejos, algunos ya decrépitos —olvidos de la muerte— nevadas las greñas rebeldes, amojamados, rezongones y quisquillosos, y masticando lo que no estaban comiendo; las mozas de bocas sensuales, mostrando los blanquísimos dientes al reír jacarandoso, con sus camisones de cretonas rameadas, de colores chillones, y sus cotizas blancas...”

No precisa ningún esfuerzo constatar que este cuadro descriptivo, lleno de colorido, abigarrado y regional, no nos deleitara, si el hábil novelista no hubiera tenido a mano para crearlo, los pinceles y colores representados por los adjetivos regionales antepuestos, pospuestos y sobrepuestos, ya que *epíteto* quiere decir, en realidad, sobrepuesto.

A propósito de este concepto —el epíteto— nos hemos autointerrogado de momento, ¿cuál es la diferencia concreta que lo individualiza y distingue del calificativo, en la composición?... E, inquiriendo, encontramos que los preceptistas más calificados nos dan una respuesta muy cauta en cuanto que lo definen negativamente diciendo que no es tal epíteto cuando completa una idea o da cabal inteligencia a la palabra con la cual se junta, como en *naturaleza humana, esfera celeste*, demos por caso. Luego, estamos bien situados, cuando afirmamos que es un revestimiento del adjetivo, que recalca, y en cierta manera es pleonástico, porque da fuerza y valor estético al vocablo que acompaña y, por ende, a la frase en general, siendo labor analítica minuciosa situarlo debidamente cada vez.

Al respecto copiamos por ser inédito, lo que nos dice el profesor español Alfredo Huertas García —ahora entre nosotros— en sus “Apuntes de Preceptiva Literaria”, con ejemplos propios, que pronto dará a la estampa:

“EPITETO.—Voz griega que significa sobrepuesto, es la palabra o reunión de voces que sirve para hacer destacar y dar carácter a la idea principal y dominante de un nombre”.

“En términos gramaticales, los epítetos son adjetivos, aposiciones, complementos indirectos y oraciones accesorias. Ejemplo de epítetos adjetivos: “Hoy, España, *desgarrada, exangüe e impotente*, se debate entre las garras *sangrientas* de la opresión más *desaforada*”. Ejemplo de epítetos participios: “Los tesoros enterrados tientan la *desatada* codicia de los *enardecidos* buscadores de oro”. Ejemplo de epítetos aposiciones: “Isabel, la *memorable reina de Castilla*, y Fernando, *su augusto esposo*, expulsaron a los moros del reino de Granada”. Ejemplo de epítetos complementos: “Entregamos las llaves de la ciudad a vos, ¡oh señor!, *cuyas virtudes cantan los ámbitos del mundo*, para que hagáis de ellas un uso moderado”. Ejemplo de epítetos oraciones: “Ma-

ría, *cuya virtud era tan justamente ponderada en toda la comarca*, socorrió al recién llegado con su gentileza habitual”.

“Por los anteriores ejemplos puede verse que si los adjetivos son imprescindibles en la frase, en su aspecto gramatical, al suprimirlos, las expresiones pierden energía, viveza y colorido, quedando frías y sin vigor”. Hasta aquí, el señor profesor Huertas García.

Hemos creído nosotros innecesario referirnos a la poesía con relación al adjetivo, porque, si en la prosa resulta imprescindible, en el verso es imperativamente necesario, sobre todo el epíteto. Basta recordar que sin imágenes no hay verso y que éstas son imposibles, a su vez, sin la riqueza de los adjetivos con todos sus recursos. Para comprobarlo podríamos llenar páginas con versos escogidos, excelsos, de todos los tiempos, escuelas, clases, géneros y tendencias, hasta nuestros días. Y cuanto mejores versos, más adjetivos. Pero resulta obvio, y como tal, impropio evidenciarlo.

Lo visto hasta aquí con relación al adjetivo, se refiere a nuestro idioma, lírico por excelencia; empero podemos agregar que del adjetivo se hizo gala también, aun en la oratoria (lo cual es ahora contraproducente), por los clásicos griegos y latinos: sin el adjetivo no existieran la “*Ilíada*”, ni la “*Odissea*”, ni la “*Eneida*”; ni, en general, hubieran triunfado Demóstenes, en Grecia, ni Cicerón, en Roma; ni hubieran tenido razón de existir Lucrecio, Macrobio ni Ovidio, Plauto ni Terencio; ni nos pudiéramos deleitar leyendo los “*Diálogos*” de Platón, ni los “*Pensamientos*” de Séneca, ni de Marco Aurelio. Y este imperativo se extiende a las lenguas romances, a las indoeuropeas en general, a las arameas y, en fin, hasta donde llega nuestra pobre visión en el panorama de las lenguas.

De lo que antecede nos dan buen ejemplo nuestros neolatinistas como el jesuita centroamericano Rafael Landívar, autor de la “*Rusticatio Mexicana*”, cuya dedicatoria comienza: “*Salve cara parens, dulcis Guatemala, salve*”. Y por el lado contrario —el de los indígenas— una fábrica de manta de Cantel, tuvo la ocurrencia de poner como marca industrial a la mejor de sus telas: “*Utz, Pin Pin*”, que quiere decir, en popolucua: “Buena, doble, resistente”.

Todo lo anteriormente expresado, aunque al correr de la pluma, nos da confianza e inspiración para concluir de esta manera: El adjetivo tiene su origen en el pensamiento humano. Nació con el hombre; y mientras éste exista y tenga la necesidad y el placer, supongamos, de comunicarse con sus semejantes en plena función social, tendrá indefectiblemente que usarlo: unas veces en menor cuantía y otras con mayor profusión; y hasta creemos intuitivamente, que cuanto mejor y con mayor amplitud se use en lo vernáculo, nos comprenderemos mejor. El abuso que algunos avezados precisa-

mente señalan, no tiene lugar en los muchos adjetivos que se usen cuando el caso lo requiera, sino en la falta de adecuación, en el desconocimiento del valor estético que aporta cada uno mediante su significación actual. Y entendemos, por último, que un pueblo comunicativo, decidor, que sepa dar sentido, animación, color y cordialidad a la frase, es más atractivo y más feliz que el que se entrega a las altas especulaciones materiales y aun a las puramente espirituales.

Los levantinos, y al influjo de este mágico adjetivo vienen a nuestra memoria los pueblos que asoman el perfil de sus costas orientales sobre el Mediterráneo: Marsella, en Francia; Nápoles, en Italia; Cataluña, Valencia y Andalucía en España; pero, sobre todo, los valencianos, no pronuncian una sola palabra sin adosarle un adjetivo aparente: en vez de una niña, un caballero, etc., dirán: “una linda niña”, “un gentil caballero”, “una guapa moza”, “un apuesto zagal”, “un hogar feliz”... Y el viajero se siente en estos lugares, atraído, grato, festejado, porque los epítetos iluminan y llevan implícita la cordialidad y la hospitalidad generosa de sus moradores.

Nosotros tenemos ingenio y seguramente buenos deseos de ser estimados por nuestras propias gentes; especialmente, por las que nos visiten. Busquemos, pues, construyamos nuestros adjetivos a expensas de nuestra flora, de nuestra fauna, de nuestros cielos luminosos y los arreboles de nuestras auroras; de nuestro ambiente en total. Y prodiguémoslos en nuestro trato, en el verso, en la crónica, en la epístola, en el ensayo, sin temor a los teorizantes ni a los clasicistas empingorotados, cuya ceremoniosa afectación entibia, desalienta y separa...